



## ADOLESCENCIA Y COMPORTAMIENTO PROSOCIAL

Lic. Yunior Rodríguez Rodríguez<sup>1</sup>

### RESUMEN

En el presente trabajo se hace referencia a la prosocialidad que, en nuestra opinión, resulta un tema de vital importancia en función de la prevención de la violencia y la conducta antisocial. Además, se enuncian características de la adolescencia como etapa del desarrollo psicológico en la que se desarrollan características que van a definir la personalidad de manera definitiva.

La convivencia armónica y respetuosa entre los adultos enseña a los hijos a convivir de la misma manera con los compañeros de clase, con los vecinos y demás miembros de la comunidad, lo que contribuye de manera efectiva a desarrollar en los niños comportamientos encaminados a la inserción social donde estén presentes la cooperación y la prosocialidad (Garcet, 2004). Los adolescentes que tienen un comportamiento prosocial, actúan a favor del grupo, son socialmente competentes y aceptados en el mismo, debido a su capacidad natural para establecer relaciones adecuadas con los demás y contribuir con su actitud a la solución de problemas y conflictos en el seno del colectivo. Tienden a presentar una conducta empática hacia los demás y una mayor autorregulación cognitiva y emocional, por lo que pueden describirse como personas sociables, tranquilas, no impulsivas, despreocupadas y racionales (Redondo y Guevara, 2012).

<sup>1</sup> Correo electrónico: yunior.rodriguez@reduc.edu.cu. Telf. móvil: (+53) 53526519. Universidad de Camagüey "Ignacio Agramonte Loynaz". Teléfono: Facultad Humanidades: (+53 32) 266655. Provincia: Camagüey. País: Cuba.

En el contexto nacional varios autores han trabajado distintas problemáticas con relación a la adolescencia, sobre todo en aspectos relacionados con el desarrollo de la personalidad, en este sentido se expresan algunas características propias de estos grupos con escasa motivación hacia el estudio y por tanto con resultados negativos en el aprendizaje. En la investigación donde tales aspectos se evidenciaron, se trabajó con el estudiante de secundaria básica por parte de Rojas, (citado por Garcet, 2004) que destaca del mismo modo la poca o baja iniciativa que se observa en estos alumnos hacia las actividades que requieren de gran concentración, los mismos son dados a evadir responsabilidades y les faltan habilidades para la valoración y el control de sus acciones, características ocasionalmente marcadas que limitan el comportamiento prosocial.

Cuando la dimensión de futuro no se estructura adecuadamente en la persona o su realización es obstaculizada por factores internos o externos, la organización y el ajuste social de la personalidad pueden sufrir consecuencias negativas, D´ Angelo (1983). Por tanto, se considera, como han demostrado Poblete, Rubio y Álvarez (2000), que bajo determinadas circunstancias los adolescentes manifiestan un comportamiento prosocial o, por el contrario, marcadamente desajustado según sean las características favorables o desfavorables de los diferentes contextos donde los mismos actúan, para lo cual se debe estar preparado, ante todo con fines preventivos y por supuesto para intervenir y compensar.

El énfasis acumulativo en el interés y beneficio personal por encima del colectivo ha hecho reflexionar a investigadores, sociólogos y políticos; quienes han puesto su mirada en las conductas prosociales con el fin de contrarrestar los síntomas de enajenación, impotencia y soledad existentes en el ser humano del presente. Dentro de este contexto, los y las adolescentes son uno de los sectores donde se pueden evidenciar con bastante claridad los efectos de estas transformaciones. Sin embargo, a pesar que, en general, constituyen un conjunto heterogéneo de diversas características, comparten una fuerte estigmatización por parte de la sociedad en general, que los ha catalogado genéricamente, entre otras cosas, como seres individualistas, indiferentes, violentos, confusos, etc.,

intensificando muchas veces la imagen del joven como actor social pasivo (Cajías, 2001).

La adolescencia constituye una etapa determinante desde el punto de vista psicológico para cualquier individuo. Entre los 10 y 13 años, aproximadamente, se produce un crecimiento en todas las dimensiones corporales que es conocido en la literatura como “segundo estirón”. Este impulso, en general, comienza y termina antes en el caso de las hembras, pero nunca alcanza la misma proporción que en el caso de los varones. Se producen cambios en la estructura corporal y el peso, ya que ambas direcciones aumentan. También se observan desórdenes funcionales del sistema nervioso, que se traducen en la tendencia al agotamiento físico e intelectual, la irritabilidad, la hipersensibilidad, los trastornos del sueño y la susceptibilidad a contraer enfermedades.

Se presenta un incremento de la actividad del hipotálamo, que estimula la actividad de la hipófisis, la cual produce hormonas que estimulan el funcionamiento de otras glándulas: las suprarrenales y las gonadotrópicas (ovarios y testículos). Así, se crean las condiciones para una producción acelerada de estrógenos y andrógenos.

La maduración sexual comienza en las hembras con la menarquía o primera menstruación y en los varones con la primera eyaculación nocturna o espontánea.

Las consecuencias que para la subjetividad de los adolescentes provocan los cambios biológicos descritos con anterioridad, se vinculan estrechamente a la esfera autovalorativa, incluida la imagen corporal y también a la valoración que recibe el sujeto en sus relaciones de comunicación con adultos y coetáneos.

La imagen corporal adquiere una importancia que provoca en algunos adolescentes retraimiento, timidez o conductas agresivas. Muy vinculados a la imagen corporal y a la aceptación social tenemos los fenómenos de la obesidad y el acné juvenil.

En este sentido, es importante tener en cuenta el papel del sistema de comunicación del adolescente, la cual resulta de gran trascendencia para el desarrollo psicológico en estas edades.

Según Hernández (2005), el estudio de la conducta prosocial, comienza con el trabajo de Rossenthal (1964). En los estudios realizados por este investigador, se aborda la temática de la ayuda que se presta a las personas en dependencia de determinadas situaciones y características de éstas.

En cuanto al tema, el papel que desempeña en la adolescencia la conducta prosocial tanto en la formación de las relaciones interpersonales positivas como en el mantenimiento del bienestar individual y social ha sido constatado en numerosos estudios realizados por Hansen, Nangle y Meyer, 1998 (citado por Delgado, Torregrosa, Cándido, Martínez-Monteagudo y M<sup>a</sup> C. s.f.). A nivel relacional, los niños y adolescentes prosociales suelen ser más asertivos y cooperativos en el aula y presentan una mejor comunicación con sus progenitores. Además, los adolescentes que presentan este tipo de conductas suelen ser más aceptados y populares entre sus compañeros y profesores, lo que mejora su ajuste no sólo en el área social, sino también en las áreas personal y escolar.

Los comportamientos prosociales están hoy considerados como la mejor estrategia para prevenir y afrontar la creciente expresión de la agresividad y la violencia social, pero no sólo esto: constituyen también para los autores un verdadero protector y optimizador de su salud mental.

Cuando se asume el accionar del adolescente en los parámetros de la citada prosocialidad se constata una adecuada socialización, asimilación de normas y solución de conflictos (González Rey, 1987). Para Hartup (1995) es la competencia para iniciar nuevas relaciones, conservar las arcaicas y disipar trances. Por su parte, Papalia (1997), la definió como capacidad de los niños y adolescentes socialmente competentes que son bienvenidos dentro del grupo, por sus actividades al establecer nuevas relaciones, mantener las anteriores y tener capacidad para resolver conflictos.

Como se ve en esta definición, se muestra la prosocialidad como una competencia equivalente a la socialización, en la que el individuo es portador de habilidades para las relaciones sociales. Sin embargo, no menciona que este comportamiento está dirigido al beneficio de los demás, siendo esta una característica distintiva de la prosocialidad.

Por otra parte, la prosocialidad se define como conducta de carácter voluntario y beneficioso para los demás, considerándose sinónimo de socialización. Aunque no existe unanimidad en su definición, la mayoría de autores incluyen el concepto *conducta social positiva* (Eisenberg et al., 2006; Sánchez-Queija, Oliva y Parra, 2006; Contreras y Reyes, 2009). Se adquiere a lo largo de diferentes etapas, relacionándose con el desarrollo emocional y cognitivo de la persona.

El desarrollo de la conducta prosocial se ha relacionado con determinantes externos como la socialización familiar, la educación, o la interacción entre iguales. Así como, con determinantes personales como factores afectivos, cognitivos, de género y edad.

Según Roche (2011), la prosocialidad es toda actitud y conducta que, sin buscar el propio interés, favorece al otro, hace que se desarrolle y crezca; eso implica muchas posibilidades de que se produzca una reciprocidad y una cohesión que potencie la identidad, la creatividad y la iniciativa de cada miembro de la relación. Pero siempre hay que tener en cuenta que lo básico es el beneficio y la satisfacción del receptor.

Desde esta perspectiva, Paz (2011), enuncia varios componentes básicos de la prosocialidad. Entre estos componentes básicos se mencionan los siguientes: 1. Ayuda física. 2. Servicio físico. 3. Dar y compartir. 4. Ayuda verbal. 5. Consuelo verbal. 6. Confirmación y valorización positiva del otro. 7. Escucha profunda. 8. Empatía. 9. Solidaridad. 10. Presencia positiva y unidad.

Hasta aquí algunas referencias acerca de la prosocialidad como fenómeno que está presente en la adolescencia. Pero, como se había mencionado, la adolescencia es un período difícil, donde confluyen conflictos que pueden

generar conductas antisociales o prosociales y en el que juega un papel fundamental los estilos educativos que utiliza la familia.

En este sentido, se debe tener en cuenta la apropiación de valores que escolta a todo sujeto en el lapso de su desarrollo, proporciona que se impregne de juicios y conceptos, así como la cultura y el orden social, que proviene de su ambiente próximo-familiar y de las propias humanidades donde crece y se desarrolla.

### Bibliografía

- Cajías, H. (2001). *Situación de la Juventud latinoamericana. Primer Encuentro Regional de*
- D´ Angelo Hernández, O. (1983). Algunas cuestiones teóricas y metodológicas sobre el estudio de la personalidad. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Delgado, B.; Torregrosa, M.; Cándido, J.; Martínez-Monteagudo, M<sup>a</sup> C. (s.f.) *Comportamiento Prosocial en estudiantes españoles y extranjeros: Un Estudio Comparativo*. Documento presentado en V Congreso Internacional "EDUCACIÓN Y SOCIEDAD".
- Eisenberg, N., Fabes, R.A y Spinrad, T. L. (2006). *Prosocial development*.
- Garcet, M. (2004). *Estudio De La Conducta Prosocial en Adolescentes Riesgo*. Tesis de Maestría no publicada. Universidad Central de las Villas. Villa Clara. Cuba. (Dr. Luis Felipe Herrera Jiménez, Tutor)
- González Rey, F.L. (1987). *Motivación moral en adolescentes y jóvenes*. La Habana. Editorial Científico -Técnica.
- Hartup L (1995) *La prosocialidad como categoría*. España: Editorial Verbo Divino.
- Hernández, A. (2005). Conducta altruista vs. Conducta prosocial. [Versión electrónica]. *Revista*
- Martorell, C. González, R. Ordóñez, A. y Gómez, O. (2011). Estudio Confirmatorio del Cuestionario de Conducta Prosocial (CCP) y su Relación con Variables de Personalidad y Socialización. *RIDEP*, 2, (32).
- Papalia, Diane.E y Wendko. Olds, Sally. (1997). *Desarrollo Humano*. Editorial Mc Graw Hill. Interamericano de México. S.A.
- Paz, F. (2011). *Comparación de las características prosociales en adolescentes víctimas de abusos sexuales y sus pares*. Tesis de grado En Psicología Universidad Central de Las Villas. Villa Clara. Cuba. (Dr. Luis Felipe Herrera Jiménez, tutor)
- Poblete, M. Rubio, P. y Tapia, I. (2000). *Conducta prosocial y antisocial en escolares según sexo*. Universidad del desarrollo. [http. Recuperado el 23 de noviembre de 2011. De www.aacap.org/publications.](http://www.aacap.org/publications)
- Redondo, J., Guevara, E. (2012). Diferencias de género en la prevalencia de la conducta prosocial y agresiva en adolescentes de dos colegios de la ciudad de Pasto - Colombia. "Revista Virtual Universidad Católica del Norte". (36), [<http://revistavirtual.ucn.edu.co/>], Universidad Autónoma de México. 173-192.

Roche, R. (2010). Prosocialidad, Nuevos desafíos. Métodos y Pautas para una optimización creativa del entorno. Buenos Aires: Ciudad Nueva.